
Un pintor vallisoletano del siglo XIX: Arturo Montero y Calvo

JOSÉ CARLOS BRASAS EGIDO

En el reinado de Isabel II (1844-1868) y más tarde durante la Restauración (1874-1898), Valladolid conoce una etapa de prosperidad agrícola y comercial. Después de medio siglo de atonía, una burguesía emprendedora levanta la economía de la comarca e inicia la reactivación de la vida ciudadana. Son años de euforia y confianza en el progreso, en los que Valladolid se convierte en la capital de Castilla la Vieja.

Cambia su fisonomía urbana y se transforma en una ciudad burguesa de cierto abolengo; este florecimiento tiene su repercusión en la vida artística. Si hasta entonces, como afirmaba Tubino en su libro *El arte y los artistas contemporáneos de la Península*, Valladolid había vivido refugiada en sus recuerdos¹, aproximadamente a partir de 1860 se observa un cierto resurgir de su actividad artística, especialmente por lo que a la pintura se refiere.

El principal motor de esta modesta floración va a ser la Academia de la Purísima Concepción de Valladolid, que a través de los cursos y exposiciones de su Escuela de Bellas Artes, estimula la aparición de nuevos valores. También los organismos públicos de la ciudad —sobre todo la Diputación y el Ayuntamiento— apoyan con becas y subvenciones a los jóvenes artistas locales.

Precisamente los más beneficiados de este mecenazgo iban a ser los pintores, a los que durante

este tiempo, no faltará clientela. Además del retrato y de los cuadros de historia o de costumbres, cultivan también la pintura decorativa. Se levantan ahora en la ciudad importantes edificios en estilo ecléctico o modernista, para cuya ornamentación se recurre a las características composiciones alegóricas de la época².

Sin pretender hacer aquí la historia de la pintura vallisoletana del siglo XIX, tema en el que estamos interesados y sobre el que preparamos un trabajo más amplio, puede afirmarse que la actividad pictórica de la ciudad conoció en la segunda mitad de siglo cierto auge con la aparición de un interesante, aunque discreto, grupo de pintores locales.

Queremos en esta ocasión destacar la personalidad de uno de los artistas vallisoletanos más significativos y olvidados de esta centuria, Arturo Montero y Calvo.

Nacido en Valladolid en 1859, hizo sus primeros estudios de dibujo y pintura en la Escuela de Bellas Artes de su ciudad. Por entonces era profesor de la misma, Don Agapito López San Román que en su juventud había permanecido varios años

¹ F. M. TUBINO, *El arte y los artistas contemporáneos de la Península*, Madrid, 1871, pág. 290.

² Véase C. G. GARCÍA-VALLADOLID, *Valladolid, sus recuerdos y sus grandezas*, Valladolid, 1900-1902; J. J. MARTÍN GONZÁLEZ, *Reformas urbanísticas y arquitectónicas del Valladolid decimonónico*, Valladolid, 1973; ídem., *Catálogo Monumental de la Provincia de Valladolid. Monumentos civiles de la ciudad de Valladolid*, Valladolid, 1976; M. HERRERO, *Arquitectura ecléctica y modernista en Valladolid*, Valladolid, 1976.

en Roma pensionado por la Academia de San Fernando, y quien sería seguramente su primer maestro. Años después pasaría a Madrid para asistir a las clases de dibujo y escultura de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, donde se distinguió como uno de los mejores alumnos. En el tiempo que duró su formación obtuvo catorce premios en las asignaturas de dibujo del natural, colorido y composición, perspectiva, anatomía y modelado.

Aunque nunca llegó a exponer en público, cultivó también la escultura, por la que sintió siempre gran afición. Tendría no obstante que renunciar a ella absorbido totalmente por la pintura, su verdadera vocación. En su abandono de la escultura jugó un importante papel la muerte de su primer maestro en la Academia de San Fernando, el escultor valenciano José Piquer quien, viendo sus facultades, le había alentado siempre a cultivar la escultura. Precisamente, en esta institución dejaría Montero varios altorrelieves de tema mitológico en yeso que servirían de modelo para los alumnos más jóvenes de la Escuela³.

En las clases de pintura, su maestro sería sin embargo Don Federico de Madrazo, la gran figura del retrato romántico y el más prestigioso profesor de la Escuela, de quien aprendería Montero su seguridad en el dibujo. Además de ello, el pintor vallisoletano sintió a lo largo de su breve carrera, una profunda estimación por Rosales, a quien siempre consideró como un modelo a imitar. En sus cua-

dro, Montero se muestra como un fiel seguidor del gran pintor madrileño. Su factura abocetada, su pincelada suelta, esa pintura «*inacabada*», esa sobriedad e ideal de sencillez que los contemporáneos apreciaban en las obras de Montero, procedían de Rosales, su verdadero maestro. Incluso su misma biografía guarda alguna semejanza con la del genial pintor. También Montero fue un hombre frágil, constantemente enfermo, que morirá muy joven, víctima de una cruel enfermedad. Sin llegar siquiera a rozar la altura de Rosales, Montero fue como él un malogrado, cuya carrera se truncó cuando apenas se había iniciado. Montero y Calvo moriría a los veintiocho años, Rosales a los treinta y siete.

Dentro de su obra, dedicó un lugar preferente a la pintura de historia, pero sin desdeñar otros temas como la pintura de costumbres y el paisaje. Ferviente lector de Cervantes, especialmente del *Quijote*, tomaría en ocasiones como asunto de sus obras algún pasaje de la célebre obra cervantina, así como de las *Novelas Ejemplares*.

Estando en Madrid se presentó al concurso celebrado en 1878 para cubrir una vacante de la Academia española de Bellas Artes de Roma. Montero hubo de competir con treinta solicitantes más, sin poder conseguir finalmente la plaza que fue para el jienense Manuel Ramírez⁴.

Como pintor, se da a conocer en la Exposición Nacional de Bellas Artes de ese mismo año, precisamente con una escena del Quijote titulada *¿Señor Quijada, quién ha puesto a vuesa merced de esta suerte?*, presentando además otros dos cuadros: el *Retrato de la señorita C.M.C.* y un *Estudio de una cabeza*⁵. Ninguno de ellos obtuvo premio, pero el pintor se sintió satisfecho con haber podido concursar.

Su primer y modesto triunfo lo obtiene tres años después en 1881, cuando concurre de nuevo al certamen nacional presentando esta vez cuatro cuadros. Con uno de ellos, *Rinconete y Cortadillo*, otra escena cervantina, consigue su primer galardón en las Exposiciones Nacionales, una medalla de tercera clase que vino a colmar las ilusiones del joven

³ A. DÍAZ SÁNCHEZ, «Arturo Montero y Calvo. Pintor vallisoletano», *El Eco de Castilla*, Valladolid, 9-X-1896; único artículo dedicado al artista, escrito por su amigo, profesor y secretario de la Escuela de Bellas Artes de Valladolid. Para más bibliografía véanse también M. OSSORIO Y BERNARD (*Galería Biográfica de Artistas Españoles del siglo XIX*, Madrid, 1883-84, pág. 462), J. ORTEGA Y RUBIO (*Investigaciones acerca de la Historia de Valladolid*, Valladolid, 1887, pág. 151-53), L. DE LLANOS («Crónica desde Roma escrita por ... el 12 de mayo de 1887», *La Libertad*, núm. 1096, 31-V-1887), FERNANFLOR («Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887. Las segundas medallas», *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 15-VI-1887, pág. 383), Anónimo («Comentario al grabado de Nerón ante el cadáver de Agripina», *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 15-VIII-1887), C. GONZÁLEZ GARCÍA-VALLADOLID, *Datos para la Historia biográfica de la ciudad de Valladolid*, Valladolid, 1894, tomo II, pág. 89-90), ídem. (*Valladolid*, tomo II, pág. 117), J. AGAPITO Y REVILLA (*Las Calles de Valladolid*, Valladolid, 1937, pág. 298). Agradezco sinceramente la colaboración de mis buenos amigos María Antonia Fernández del Hoyo y Jesús Urrea.

⁴ M. BRU ROMO, *La Academia Española de Bellas Artes en Roma*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1971, pág. 62.

⁵ M. OSSORIO Y BERNARD, pág. 462.

artista. Montero sitúa la acción del cuadro en el patio de Monipodio, verdadera escuela del hampa sevillana, donde los dos pícaros reciben sus primeras lecciones. Su asunto no es otro que el texto de la famosa novela ejemplar de Cervantes: «*Estos son los dos buenos mancebos que a vuestra merced dije, mi señor Monipodio, vuestra merced dexamine y verá cómo son dignos de entrar en vuestra congregación*».

La prensa madrileña de la época comienza a fijarse en el pintor, comentando su cuadro en términos bastante elogiosos. Así alaban la corrección del dibujo, el realismo de los tipos, la fidelidad en la indumentaria y la perfecta ambientación⁶. A la vista del cuadro creemos que para el patio de Monipodio, Montero pudo haberse inspirado en el de alguna casa noble de Valladolid, pues no deja de recordarnos a algunos que todavía se conservan en su ciudad natal, como el Palacio de los Vivero.

Pero iba a ser el cuadro de historia, tan de moda por entonces, lo que más interesaría al joven pintor. Así, en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1884, presentaba un célebre tema de historia medieval, *La Muerte del Rey Don Pedro I de Castilla*, su obra más ambiciosa hasta el momento. La escena narra la lucha cuerpo a cuerpo entre Don Pedro el Cruel y su hermano bastardo Don Enrique de Trastámara y el momento en que el caballero francés Beltrán Duguesclin sujeta al monarca castellano para que Don Enrique pueda clavarle su daga, poco después de haber pronunciado la conocida frase: «*Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor*». La composición, largamente meditada por el pintor y el efecto dramático de la terrible escena, gustaron al tribunal calificador que tuvo a bien premiarle con medalla de tercera clase. La obra fue adquirida por el Estado quien la cedió a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, donde se encuentra actualmente.

Alguna vinculación tendría el artista con esta ciudad, para que la capital aragonesa gestionase el préstamo del cuadro. Lo cierto es que allí era conocido y estimado. Precisamente en 1886 concurrió a la Exposición artística de Zaragoza con un cuadro titulado *Futuros artistas*, con el que consiguió medalla de primera clase. Un año antes, había participado en la Exposición Artístico-Literaria de Madrid presentando tres obras: una composición titulada *Flores de Mayo*, un paisaje, *Desembocadura del Cifuentes*, y un estudio de una *Cabeza de Mujer*⁷. Por la primera, obtuvo diploma de mérito, y de nuevo Zaragoza gestionó su cesión. Ignoramos el paradero de ambos cuadros —*Futuros artistas* y *Flores de Mayo*—, aunque es probable que decoren los despachos de algún edificio público de la ciudad aragonesa.

La prensa vallisoletana se hace eco de los avances del pintor, congratulándose todos los periódicos de sus primeros triunfos. La opinión pública pide a las autoridades ciudadanas protejan y ayuden al artista.

Por fin en 1885, consigue Montero de la Diputación Provincial la anhelada pensión para estudiar en Roma. En septiembre del año siguiente manda a la Exposición que organiza anualmente la Academia de Bellas Artes de Valladolid, un cuadro al óleo de un *Gladiador romano*. Era su primer envío como pensionado, y con él quería dar toda la medida de su aplicación e interés. Elige un desnudo de tamaño mayor que el natural en el que estudia la musculosa anatomía del atleta. La impresionante figura del luchador causó la admiración del público y de la crítica local, obteniendo premio especial del jurado del concurso⁸.

⁶ Expuesto en la sala 2.^a, no lejos del *San Juan de Dios*, de Manuel Gómez Moreno González, figuró con el número 457. Los otros tres cuadros representaban la *Muerte de Abel*, el *Callejón de los Muertos* de Toledo y *Una caricia*; véase E. Martínez de Velasco («Exposición de Bellas Artes de 1881», *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 15-VI-1881). Ossorio cita también otros cuadros de Montero, pintados por estos años y de los que no tenemos más noticia. Son éstos los titulados *Una devota*, *¿Desafinará? Abstracción* y *Un abanico* (cfr. M. OSSORIO Y BERNARD, pág. 462).

⁷ *La Crónica Mercantil*, Valladolid, 9-I-1885.

⁸ F. LÓPEZ GÓMEZ, *Junta pública y Memoria de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción... de 1886*; R. S. «La Exposición de la Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid. 1886», *El Norte de Castilla*, Valladolid, 16, 19, 21-IX-1886; Anónimo, «Las Bellas Artes en Valladolid. Concurso a premios del año 1886», *El Eco de Castilla*, Valladolid, 17-IX-1886.

Propiedad de la Diputación Provincial de Valladolid, se conserva actualmente en el Colegio Don Juan de Austria, de Laguna de Duero (Valladolid). Mide 2,21 x 1,27 mts. y se halla firmado: «A. Montero y Calvo, 1886, Roma».

En 1887, último año de su vida se afanaba en Roma por acabar la que iba a ser su obra póstuma y la que mayor fama le proporcionó: *Nerón ante el cadáver de Agripina*. Pintada con destino a la Exposición Nacional de ese año y cuando ya la enfermedad minaba su cuerpo, puso en ella todas sus esperanzas. Otro compañero suyo pensionado en Roma, el pintor vallisoletano Luis de Llanos escribía desde allí refiriéndose al cuadro de Montero: «Es el que mas se acerca de todos los de estos tiempos a la manera sincera, saludable y franca de Rosales, en el pensar, en el componer y hasta en la pincelada larga y potente del gran maestro contemporáneo»⁹. Cuando le faltaba muy poco para terminarlo, el pintor enfermó de gravedad siendo necesario trasladarle inmediatamente a Madrid¹⁰. Con él, vino su cuadro por amigos y parientes se encargaron de presentar al certamen nacional.

Para el tema se inspiró en el relato del historiador romano Suetonio, cuando Nerón en su Domus Aurea destapa con cinismo el cuerpo de su madre muerta, mostrándolo a sus compañeros de bacanal¹¹. El rostro del emperador lo copió directamen-

te de un conocido busto de Nerón conservado en el Museo Capitolino de Roma. Montero buscaba en esta obra, pintada bajo la sugestión de la *Muerte de Lucrecia*, lo mismo que Rosales había pretendido con su célebre cuadro: un tema dramático tratado con sobriedad, que hiciese estremecer e impresionarse al público¹². Su estilo «poco concluido» —como decían los críticos de la época— pretendía igualmente imitar al de Rosales.

El artista no llegó a ver expuesto su cuadro, falleciendo a los pocos días de haber sido premiada su obra con una medalla de segunda clase. La pintura mereció además un dictamen favorable del jurado calificador y el elogio de la crítica y prensa madrileñas. El enorme cuadro, que se expuso sin concluir del todo y con la cabeza de Nerón abocetada, suscitó también la curiosidad morbosa del público, más atento a compadecerse de la muerte del joven artista que a admirar de verdad su obra¹³.

Moría Montero y Calvo en Madrid el 13 de julio de 1887, dejando tras de sí la esperanza frustrada de su ciudad que tantas ilusiones había puesto en su pintor¹⁴.

¹² X. DE SALAS, *Catálogo de la Exposición de la obra de Eduardo Rosales (1836-1873)*, Madrid, Museo del Prado, 1973, pág. 48.

¹³ Número 532 del *Catálogo... de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887*, Ministerio de Fomento, Madrid, 1887.

¹⁴ La noticia de su muerte es recogida por la prensa local y madrileña, cfr. *La Crónica Mercantil*, Valladolid, 20-VII-1887; *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 15-VIII-1887 pág. 81-82; Fernanflor, pág. 383. También la Academia de Bellas Artes de Valladolid lamenta la pérdida del pintor, elogiando su última obra, cfr. F. LÓPEZ GÓMEZ (*Memoria y Junta Pública de la Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid... 1887*, Valladolid, 1887). A los diez años de su muerte el Ayuntamiento de la ciudad acordó en sesión de marzo de ese mismo año, dar su nombre a una popular y céntrica calle de Valladolid, la antigua de Caldereros (cfr. J. AGAPITO Y REVILLA, pág. 299).

⁹ L. DE LLANOS, «Crónica desde Roma...»

¹⁰ *La Crónica Mercantil*, Valladolid, 13-V-1887.

¹¹ Suetonio, *Vida de los doce Césares*, ed. Bruguera, Barcelona, 1970, pág. 330.